

VIRTUD Y FORTUNA EN LA HACIENDA DE *BALÚN- CANÁN*

VIRTUE AND FORTUNE IN BALÚN-CANÁN FARM

Roberto Kaput González Santos
 (UANL-Mx)¹

RESUMEN: Para Maquiavelo, la virtud de los agentes políticos consiste en la facultad de reconocer las oportunidades que surgen de una situación histórica concreta tanto como en la capacidad de instrumentar una serie de acciones que permitan estar en control de acontecimientos circunstanciales. En el consejero florentino, entonces, la virtud está ligada al concepto de ocasión: estrategia que prescinde de toda verdad ahistórica, articulada en la serie de oposiciones de un tablero político siempre mutable. Es esta capacidad de descifrar la cualidad de los tiempos la que permite

¹ Licenciado en Letras Españolas por la Universidad Autónoma de Nuevo León (2000) y maestro en Lengua y Cultura Españolas por la Universidad de Salamanca (2006). Becario de la embajada de Francia en Madrid para cursar estudios en Toulouse II-Le Mirail (2008). Doctor en Estudios Humanísticos por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (2014). Actualmente imparte clases en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL.

hacer una relectura de las relaciones de poder entre los hacendados e indígenas chiapanecos en la obra *Balún-Canán* (1957) de Rosario Castellanos. Esta obra, que renueva el panorama de la novela indigenista en México, captura las luchas o alianzas que entablaron los nuevos y antiguos liderazgos locales con el cardenismo (1934-1940).

PALABRAS CLAVE: discurso, virtud maquiavélica, agentes políticos, cardenismo, literatura indigenista.

ABSTRACT: For Machiavelli, the virtue of political agents is the ability to recognize the opportunities that emerge from a particular historical situation as well as the ability to implement a series of actions to be in control of circumstantial events. In the Florentine counselor, then, virtue is linked to the concept of opportunity: strategy that dispenses with all ahistorical truth, articulated in a series of oppositions of an always-mutable political chessboard. It is this ability to decipher the quality of time that allows a reading of power relations between ranchers and Chiapas indigenous in the book *Balún-Canán* (1957) by Rosario Castellanos. This book, which renews the panorama by Mexico's indigenous novel, captures the struggles or alliances that churned the old and new local leadership with the Cardenas (1934-1940).

KEYWORDS: speech, Machiavellian virtue, political agents, Cardenas, indigenous literature.

La virtud: nuevos y antiguos liderazgos en *Balún-Canán*

En el libro sexto de *El príncipe*, Maquiavelo aconseja imitar a los grandes hombres, “a los que han sobresalido sobre los otros, a fin de alcanzar, si no su virtud, por lo menos un cierto aroma suyo.” (MAQUIAVELO, 1996, p.94). Para ejemplificar lo anterior, recurre a las figuras de Moisés, Ciro, Rómulo y Teseo. Frente a esta lista

surgen algunas preguntas: ¿Qué une a estos personajes para que sean ejemplo de virtud? ¿Cuál es el significado que el consejero florentino atribuye a esta palabra? ¿En qué sentido un personaje es o puede llegar a ser virtuoso?

La respuesta a todas estas preguntas se halla en uno de los conceptos más importantes dentro del pensamiento político de Maquiavelo: el concepto de ocasión. Éste, nos dice Roberto Raschella, consiste en el matrimonio justo entre la oportunidad que la historia brinda a todos los hombres y la capacidad de unos cuantos para interpretarla. (MAQUIAVELO, 1996, p.24). La virtud, pues, consistiría en la capacidad para reconocer la ocasión e instrumentar una serie de acciones que le permitan al hombre estar en control de acontecimientos aleatorios. El concepto de ocasión, entonces, se opone al de fortuna, en tanto que ésta supone la impotencia del ser humano frente al destino.

Para dominar al destino, todo agente político debe estudiar las obras de los grandes líderes. Su estudio no debe atender intereses morales sino principios de carácter práctico.

Mi intención es escribir algo útil para quien lea, y entonces me ha parecido más conveniente seguir la verdad real de las cosas y no su representación imaginaria. [...] El modo en que se vive y el modo en que se debería vivir están tan lejos el uno del otro, que si alguien deja a un lado lo que se hace por lo que se debería hacer aprende más su ruina que su preservación. (MAQUIAVELO, 1996, p.148)

Para Maquiavelo, la virtud de los agentes políticos consiste, primero, en su capacidad de reconocer la ocasión, esto es, la oportunidad que surge de la situación histórica misma; e inmediatamente después, en observar una serie de principios que contribuyan a su grandeza. La virtud a la que se refiere el autor, por tanto, se asemeja más al virtuosismo de una pura estrategia, que no opera de acuerdo con los principios de una verdad

jerárquica, sino desde la ausencia misma de verdad, que le permite desenvolverse libremente de cara a ciertos fines. (BAUDRILLARD, 2002, p.123-4)

Éstas serían las dos principales características que tienen en común los nombres que enlista el florentino. Sin embargo, no basta con reconocer la ocasión e implementar un repertorio estático de reglas. La plasticidad de los principios políticos de *El príncipe*, me parece, es fundamentalmente histórica. Para que un agente político pueda reconocer las oportunidades a su alcance, es necesario que primero penetre en el significado profundo de su tiempo. Esta máxima, que en el libro dos se presenta como condición mínima para conservar los estados hereditarios habituados al linaje del príncipe, poco a poco ocupa el lugar que le corresponde dentro de la obra. Así, en el penúltimo libro aparece como principio universal, aplicable a cualquier clase de estado o agente político: “Creo que es próspero aquel que armoniza su modo de proceder con los caracteres de los tiempos. Y que de igual modo, no es próspero el que tiene un proceder discordante con los tiempos”. (MAQUIAVELO, 1996, p.200)

Es esta capacidad de descifrar la cualidad de los tiempos la que nos permite hacer una relectura de las relaciones de poder entre hacendados e indígenas, mecanismos de permanencia de la élite chiapaneca y la emergencia de liderazgos campesinos en la obra *Balún-Canán*. (CASTELLANOS, 86). Los personajes que hemos escogido para este análisis son:

César Argüello: Como estrategia, su principal defecto es el apego que siente por la superioridad de su familia, lo que le impide entender los cambios que se originan en el país. Se rodea de gente que lo desprecia y que no comparte sus valores, al mismo tiempo que pierde contacto con los hombres que trabajan para él. Lejos de volverse indispensable para los hombres a su cargo, se aparta de ellos, permitiendo que emerjan nuevos liderazgos. El mejor símbolo de su soberbia es el trapiche de tracción animal sobre el que descansa

la producción de la hacienda: un aparato anacrónico, lento, que le permite alardear del poder que gozan los Argüello en Chactajal.

Felipe Carranza Pech: Su experiencia en Tapachula le permite erigirse en el intermediario entre el mundo tradicional de la hacienda y las nuevas leyes del país. No ignora las dificultades que encontrará para introducir nuevos valores en su comunidad; sin embargo, no duda en usar el engaño, el miedo y la confrontación para lograr su cometido. Tan pronto como identifica un error, rectifica. Sabe llenar los vacíos de poder que la indolencia de César va dejando, hasta convertirse en el principal interlocutor de los indígenas. Es un hombre que además de reconocer la ocasión siempre juega con una carta de más: no sólo conoce el contenido del “papel que habla”, sino que además guarda el secreto de haberle estrechado la mano al general Cárdenas; tras ordenar o provocar el incendio de Chactajal, se deja ver acarreando agua para la casa grande.

Francisca Argüello: A diferencia de César, no se engaña sobre el impacto que tendrá el agrarismo en la región. Sin embargo, puesto que se ha dedicado ininterrumpidamente a la administración de la hacienda desde la muerte de sus padres, conoce perfectamente al grupo de hombres que trabajan para ella: el único poder más grande que la voluntad de un presidente es el universo mítico del mundo rural de Chiapas. A él se acoge para no perder lo que más quiere: sus tierras. La superioridad de Francisca sobre su primo se resume en unas cuantas líneas: “No es la primera vez que el dzulúm se apodera de uno de nuestra familia. Acuérdate de Angélica. Nos llama el monte. *Algunos saben oír*”. (CASTELLANOS, 1986, p.218)

El discurso

La hipótesis de la que parte Foucault en *El orden del discurso* (1973) es la siguiente: “en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto

número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio”..(FOUCAULT, 1973, p.11) Identificar tales mecanismos, explicarlos, es la tarea del científico. Lo primero que hace es clasificar los procedimientos de exclusión en externos e internos. Entre los primeros, que servirán de guía a este análisis, menciona:

a). Lo prohibido: No se tiene derecho a decirlo todo, en cualquier circunstancia. Sólo algunos privilegiados pueden abordar ese objeto discursivo, convertido para otros en tabú.

b) Separación y rechazo dentro del discurso: Foucault trabaja la oposición razón-locura, y aunque hace del discurso del loco su interés principal, no por eso deja de señalar que existe una diferencia en la manera en que circulan distintos discursos en los cuerpos sociales. Esto es importante, porque todo aquello que el historiador francés señala acerca del loco, podría afirmarse acerca de todos los seres que caen fuera del ámbito de lo normal, de la regla. La palabra de ese otro marginal, entonces, es considerada nula, extraña, sin peso jurídico; pero a la vez dotada de poderes excepcionales, capaces de enunciar una verdad oculta.

c) Oposición verdadero-falso: sistema de exclusión, arbitrario en la medida en que responde a contingencias históricas. Este sistema se sostiene en un grupo de instituciones que tienen como principal función imponer un sistema de valores sobre los demás discursos.

Entre los segundos procedimientos de exclusión, los internos, menciona el comentario, el autor y las disciplinas. Más importante para este ensayo son los rituales del habla, que forman parte de una tercer categoría de procedimientos de control, que se relaciona con las condiciones de utilización de los discursos.

El ritual define la cualificación que deben poseer los individuos que hablan, [...] los *gestos*, los *comportamientos*, las *circunstancias*, y todo el conjunto de signos que deben acompañar al discurso; fija finalmente la eficacia supuesta o impuesta de las palabras, su efecto sobre aquellos a los cuales

se dirigen, los límites de su valor coactivo. (FOUCAULT, 1973 ,p. 34.
Las cursivas son mías)

Los tres personajes elegidos conocen la importancia de los signos que acompañan a todo acto de enunciación. Para entender la manera en que se ajustan a sus principios, describiré, primero, los rituales del habla que cada uno de ellos observa, para después concentrarme en los mecanismos de control externo antes descritos.

Los gestos del patrón

El poder de César Argüello descansa en la incomunicación en que se encuentra la hacienda de Chactajal. Consciente de ello, trata de administrar la información que entra y sale de ella. Esto explica el celo que muestra frente a la intromisión de Míster Peshpen, el arqueólogo americano interesado en los papeles que cuentan la historia de la hacienda .(CASTELLANOS, 1986, p. 81). Empero, son en los pasajes en los que Castellanos se ocupa de las múltiples ceremonias que median entre el patrón y sus indios (CASTELLANOS, 1986, p.94-6), que el lector entiende el sistema jerárquico del cual surgen.

Para César, los indígenas son niños menores a los que hay que cuidar, entretenerlos con el relato de sus viajes, con noticias del mundo exterior. Ese objeto, tabú para otros, pierde todo contenido disruptivo en boca del patrón. No es casual que la autora califique a estos relatos de fábulas. La moraleja que el auditorio extrae de tales historias es sencilla y se traduce en título de propiedad: ese mundo pertenece a los otros, nunca a ellos; hacer el menor esfuerzo para apoderarse de él “habría sido como un sacrilegio”. (CASTELLANOS, 1986, p.96)

Este celo se recrudece con las políticas cardenistas. “Son épocas difíciles para la gente de orden” (CASTELLANOS, 1986, p.95) y los patrones han de cuidar sus intereses. Este sentido del

deber surge de la firme creencia de que “los indios no merecen ni son capaces de usar” (CASTELLANOS, 1986, p.95) los derechos que les concede el gobierno. Frente a la gente de orden, los indígenas son un otro marginal: sus oraciones son bárbaras, sus ritos ingenuos (CASTELLANOS, 1986, p.128), y en general, es necesario guiarlos para que no deseen lo que no les conviene: “¡Ejidos! Los indios no trabajan si la punta del chicote no les escuece el lomo. ¡Escuela! Para aprender a leer. ¿A leer qué? Para aprender español. Ningún ladino que se respete condescenderá a hablar en español con un indio”. (CASTELLANOS, 1986, p.188)

Los indígenas, pues, son seres sin derecho, diferentes de la gente de orden jurídica y socialmente. Esta misma marginación, sin embargo, dota su cultura, sus creencias, de poderes extraordinarios. Ni siquiera César es indiferente a esta realidad. Sin embargo, la oposición entre costumbres verdaderas y supersticiones es clara: mientras que César tiene permitido acostarse con cualquier mujer que esté a sus órdenes, los indígenas tienen prohibido rezar a sus dioses en la presencia de los señores.

Este es un sistema jerárquico, relacionado directamente con la posesión de la palabra: los indios no pueden hablar español frente a los ladinos; mientras que el patrón puede despojarlos de los papeles donde se cuenta la historia de los antiguos habitantes de Chactajal. Lo que César no llega a entender es que este sistema surge y se apoya en instituciones encargadas de perpetuar el modelo. Sin ellas, la clasificación resulta arbitraria, obsoleta. En este sentido, aunque pertenece a una clase social que ha detentado el poder por muchos años, se presenta a sí mismo como un ser inexperto frente a sus condiciones y mecanismos.

El comportamiento de la bruja

Mientras que la lucha de César se da en el plano simbólico – gente de orden vs indígenas–, la de Francisca se desarrolla en el

material: la posesión de la hacienda de Palo María. Los rituales del habla no son ya los de los ladinos. Éstos han perdido el aparato político que protegía sus intereses. Consciente de esto, Francisca recurre al único poder más fuerte que la propia ley, el universo mítico de los indígenas. Desde la llegada de los Argüello a la región, éste, en su calidad de discurso marginal, tiene como principio rector el silencio.

El silencio de Francisca la arranca de su clase social. El que el dzulúm la rapte una noche antes de convertirse en bruja puede leerse como el adiós a una serie de privilegios. Esta primera dramatización es acompañada de una serie de renunciaciones: primero a Matilde, la persona que más quiere; luego al contacto pronunciado con los ladinos, de ahí que no pueda recibir a la familia de César tras el incendio de Chactajal.

En este caso, lo innumerable no consiste en una palabra, sino en guardar silencio frente a aquel dato que pudiera salvar la distancia entre indígenas y ladinos —por ejemplo, confiar a su primo el nombre del asesino de Ernesto—. Vemos cómo opera este mismo principio en el personaje de la nana, a quien los brujos de Chactajal castigan por querer a la niña Argüello.

La dueña de Palo María, sin embargo, no es una mujer que haya logrado trasponer la división gente de orden-indígenas. Por el contrario, ha quedado atrapada en el lado contrario del binomio. Porque el recorrido que ella emprende no se relaciona con la inclusión del otro, sino con encontrar refugio en un discurso lo bastante estructurado para abstraerla de ese otro orden que amenaza con separarla de la tierra (el discurso cardenista). Sin embargo, al hacerlo queda atrapada en un orden del cual sólo conoce sus expresiones de poder, pero del cual ignora casi todo lo demás. Su relación con los hombres de Palo María se basa en la amenaza y la supervisión: ella podrá conservar su hacienda siempre y cuando no falte al papel de bruja que adoptó tras la noche que habló con el dzulúm.

La circunstancia del hermano mayor

Felipe es el único personaje capaz de cumplir con los ritos de habla que competen a diferentes discursos. Por un lado, regresa a Chactajal con el firme propósito de dar a conocer el contenido del papel que habla. Para ello, adopta frente a los ladinos una actitud que responde a los principios de igualdad que escuchó por primera vez durante un discurso de Cárdenas. Amparado en la figura de éste, en el secreto de haberle estrechado la mano, no teme hablar en español frente a los Argüello, organiza a su gente para obligar al patrón a cumplir con la ley. Pero el cumplimiento de estos principios no es algo abstracto, que se contenta con repetir, sino que siempre trata de insertarlos en el universo mental de los suyos. Es por eso que adopta un vocabulario mucho más tradicional cuando consigna en papel la construcción de la escuela.

He aquí nuestra obra, levantada con el don de cada uno. Aquí las mujeres vinieron a mostrar la forma de su amor, que es soterrado como los cimientos. Aquí los hombres trajeron la medida de su fuerza que es como el pilar que sostiene. [...] Aquí los ancianos se descargaron de su ciencia, invisible como el espacio consagrado a la bóveda. [...] Esta es nuestra casa. Aquí la memoria que perdimos vendrá a ser como la doncella rescatada a la turbulencia de los ríos. (CASTELLANOS, 1986, p.125-6)

Este documento, sustituto de aquel primer memorial del que se apropiaron los Argüello, combina la imaginería de dos discursos. Esto neutraliza la oposición gente de razón-indígenas. Para Felipe, no existe material innombrable. Al contrario, trata de compartir con los suyos el conocimiento adquirido en Tapachula, liberarlos, a través de la educación, de todos aquellos límites que el poder de la familia Argüello les ha impuesto.

Los autores de “The ethics of Michel Foucault” aseguran que el encuentro con los límites crea la oportunidad para su transgresión.

Foucault never abandons ethical inquiry. Only through such an inquiry can we appreciate the contingency and inadequacy of our modern moral identity. Only through such an inquiry will the emancipatory resources of our specific historical situation be excavated. (BEMAUER; MAHON, 1994, p.142)

Esta búsqueda emancipadora es lo que le permite entender la oportunidad que las políticas cardenistas representan para el universo cerrado de Chactajal. Con estas herramientas disputará el control del reino.

El reino

El espacio que disputan estos tres personajes es la hacienda chiapaneca, territorio incomunicado, condición que permite el monopolio del poder de la familia Argüello. César mismo lo reconoce al imaginar una conversación con el presidente municipal de Ocosingo:

Le explicaría yo mi situación y me ayudaría. A lo mejor me querría alegar que se compromete ayudándome, que las órdenes vienen de arriba y que la política de Cárdenas está muy a favor de los indios. Eso me lo podrá decir, pero yo le alego que estamos tan aislados que ni quien se entere de lo que hacemos. (CASTELLANOS, 1986, p.185)

Allí, en ese lugar remoto, al que se llega tras días de viaje, los Argüello no son cualquier otro, son los señores. Ese mayorazgo, sin embargo, depende de la capacidad de los señores para contener las intrusiones del mundo externo. Tras su arribo a Chactajal, César representa el papel de gran señor entre sus hombres, ejerciendo un poder absoluto sobre las palabras que incursionan en su feudo: durante la ceremonia de bienvenida toca la frente de los indígenas; tras la jornada de trabajo, relata las historias de sus viajes. Gracias a

este control de la palabra, el hacendado, vuelto prestidigitador, permite que las noticias del exterior entren sin que pongan en peligro la costumbre de sus poderes:

Sabía ser cordial en estas conversaciones de asueto, meciéndose perezosamente en la hamaca. [...] Entretiene a los indios, como niños menores, con el relato de sus viajes. Las cosas que había visto en las grandes ciudades; los adelantos de una civilización que ellos no comprenden y cuyos beneficios no han disfrutado jamás. [...] El mundo evocado por los relatos de César era hermoso, ciertamente. Pero no hubieran movido una mano para apoderarse de él. Habría sido como un sacrilegio. (CASTELLANOS, 1986, p.195-6)

Esto, sin embargo, no resulta suficiente para mantener a raya el mundo exterior. La irrupción de Felipe en la historia así lo demuestra. Y es que César no cumple con una de las reglas principales de los agentes políticos: pensar en la guerra aun en tiempos de paz. Esta situación se agrava si consideramos que las noticias de los “desórdenes externos”, esto es, de las políticas cardenistas, amenazan la estabilidad, las costumbres de la hacienda.

Pero, ¿en qué piensa entonces? Piensa en todo aquello que lo diferencia de los miembros de su familia (Zoraida y Ernesto no pertenecen al campo, su hijo es incapaz de montar a caballo, sus antepasados se mostraron liberales con los indios), de su clase social (el resto de los hacendados permanece en el casino de Comitán, descuidando los asuntos del campo) y de sus hombres. Se aísla, insiste en todo aquello que juzga tradición y que no es sino costumbre, se repliega sobre sí mismo, todo lo cual lo incapacita para leer el carácter de los tiempos.

César es un gobernante ciego, indolente, que se muestra demasiado cómodo, confiado en ese espacio hermético que es Chactajal. En lugar de medir los peligros por los que atraviesa el mayor, el único de sus intereses, se muestra fanfarrón, calificándose a sí mismo de lagarto

mañoso, lo bastante poderoso para contravenir las políticas del gobierno: “¿Te acuerdas cuando impusieron el salario mínimo? A todos se les fue el alma a los pies. Era el desastre. ¿Y qué pasó? Que somos lagartos mañosos y no se nos pesca fácilmente. Hemos encontrado la manera de no pagarlo”. (CASTELLANOS, 1986, p.45)

La distancia le permite actuar de esta manera. Pero, ¿y las compañías extranjeras que han llegado a la zona? ¿Y la circulación de los hombres como jornaleros modernos? No presta atención: esos que se van son indios desagradecidos, que no saben de las penurias que el mundo de afuera les depara. Chactajal es el único lugar en que estos hombres pueden prosperar. Por supuesto se engaña, se engaña mientras se deja seducir por el inventario de sus riquezas. Es por ello que el reto de la presencia de Felipe lo coge desprevenido, con los asuntos del gobierno de la hacienda en desorden.

A este personaje le basta haber trabajado en Tapachula para retar el poder de los Argüello. Frente a él, César cree reconocer la comprobación de sus criterios: un indígena no sobrevive fuera de la hacienda. Se equivoca, por supuesto. Este hombre irá reclamando todos los vacíos de poder que a lo largo del tiempo ha ido dejando el patrón. Sin ir más lejos, la misma tarde en que estos dos personajes discuten por vez primera, el capricho de César suscita la ascensión de Felipe. En la junta que sucede a esta entrevista, los indígenas descubren que han sido ellos los constructores de los edificios más sólidos Chactajal: “No fueron los patrones, los blancos, que sólo ordenaron la obra y la miraron concluida; fueron nuestros padres los que la hicieron. [...] Han caído los años sobre la casa y la casa sigue en pie”. (CASTELLANOS, 1986, p.101)

Esto les da cohesión como grupo. Es gracias a esta unión que Felipe triunfa sobre César.

A partir de este momento el antiguo señor de la hacienda irá perdiendo terreno, hasta terminar a punta de pistola, obligando a sus

hombres a cavar un foso alrededor de la casa grande, el último refugio de una casta que ha perdido su superioridad frente a los indígenas.

Pero la indolencia lo hará perder también este reducto: al no saber reconocer sus errores y al insistir que su voluntad se cumpla a rajatabla, César ha contribuido a su derrota final. Es Ernesto, su sobrino bastardo, el hombre que impuso a los indígenas como maestro rural a pesar de haber demostrado repetidas veces no estar hecho para los asuntos del campo, quien le asesta el golpe final al seducir a su prima hermana, una Argüello legítima.

Aunque César se presenta a sí mismo como un administrador metuculoso, no cuenta con la astucia para comprender el carácter de los tiempos. De haberlo hecho, se hubiera dedicado de tiempo completo a preparar su reino para la acometida de los golpes de fortuna. Demasiado apegado de sí mismo, decide confiar en un hecho que no depende por entero de él: la incomunicación de Chactajal.

Los tiempos

La fortuna, nos dice Maquiavelo, es árbitro de la mitad de las acciones de los agentes políticos. La otra mitad depende de ellos mismos: “La fortuna [...] muestra su poder donde no hay virtud organizada para resistirle, y entonces dirige sus ímpetus hacia donde sabe que no se han construido los diques y los espigones capaces de contenerla”. (CASTELLANOS, 1986, p.101)

Ese rumor de cambio, esa amenaza que pende sobre las costumbres y tradiciones de la hacienda chiapaneca no es nuevo. En Comitán ha dejado sentir su influencia aún entre los intereses de la clase media: cierre de iglesias, nuevas leyes laborales y educativas, indígenas que son ajusticiados por seguir a las órdenes de sus patrones. La misma señorita Silvina, una apocada maestra de provincia, sin más ciencias que su mapamundi lo nota, de ahí que demande de sus alumnas un pacto de secrecía.

Los mismos señores de Comitán se han ido ajustando a los principios del cardenismo. Quien más quien menos todos han ido disponiendo de sus asuntos. Si bien es cierto que difieren en el grado de adaptación de uno a otro (la madre de Amalia prefiere vivir de espaldas a México, mirando siempre al orden antiguo de Guatemala; mientras que el hijo de Jaime Rovelo prefiere vivir en la capital, bajo el orden del nuevo gobierno), todos han vendido sus haciendas en espera de mejores tiempos. La nana lo plantea de la siguiente manera: “Es malo querer a los que mandan, a los que poseen. Así dice la ley”..(CASTELLANOS, 1986, p.16)

Son tiempos en que la concordia entre los actores del campo chiapaneco se ha quebrado. Las políticas cardenistas han echado a andar una ola de cambios. La lectura que nuestros tres protagonistas hacen de la cualidad de los tiempos, sin embargo, no podría ser más diferente: mientras que César se aferra al pasado, Felipe se ajusta al presente y Francisca se refugia en un tiempo mítico.

Como entonces

El principal defecto de César consiste en no saber adaptarse a los tiempos. Si bien es cierto que es un administrador escrupuloso, su traslado a Chactajal responde a una querencia por la tierra, a la necesidad inmediata de hacerse cargo de la molienda y las tierras; y no, como cabría esperar de un administrador prudente, para cortar de raíz cualquier desorden que pudiera surgir en la región como consecuencia de las leyes agrarias.

La confianza que muestra en el destino de los Argüello lo ciega. Así lo muestra en la conversación que sostiene con Ernesto mientras recorren las tierras de Chactajal:

Tú pensarás que tienen razón los que dicen que éste es el acabóse, porque eres nuevo y no tienes experiencia. ¡Cuántas veces pusimos el grito en el

cielo por motivos más graves: pestes, revoluciones, años de mala cosecha! Pero viene la buena época y seguimos viviendo aquí y seguimos siendo los dueños. (CASTELLANOS, 1986, p.79)

Es la fortuna la que rige el mundo de César. No sabe capitalizar las primeras manifestaciones de lealtad de los ancianos indígenas. Se conforma con representar el papel de gran señor entre sus hombres: tocándoles la frente en señal de reconocimiento, convidándolos a fumar en su presencia, hablándoles de sus viajes.

Es natural, entonces, que la irrupción de Felipe ponga en jaque el imperio de César. Éste, en lugar de reconocer en el indígena a un aliado en la administración de la hacienda, trata de engañarlo con la imposición de Ernesto como maestro rural, al mismo tiempo que lo reta a construir él mismo la escuela. Conforme la historia avanza, nos daremos cuenta que la imposición de Ernesto a pesar de su ineficiencia para cualquier asunto práctico para la vida de Chactajal, contribuirá a la derrota final de César; mientras que el reto hecho a Felipe tiene como consecuencia inmediata un traslado de poderes.

Así, el señor natural de Chactajal se presenta como un hombre preso de sus malas decisiones. Además de contribuir a su derrota rodeándose de personas que no compartían sus valores y que terminaron por despreciarlo, se revela indolente para confrontar el liderazgo emergente de Felipe. A menudo encuentra una excusa para confrontar a su enemigo. Cuando finalmente lo hace, el poder de éste ha crecido lo necesario para encontrar refugio en la comunidad que César despreció o no supo encabezar:

—¡Un accidente! El fuego empezó en el trapiche. Ardió primero el montón de bagazo. Los indios estaban cerca. Me acuerdo como si lo estuviera yo mirando. [...] —Felipe no estaba con ellos. Se quedó aquí, acarreando agua para la casa grande. Yo mismo lo vigilé. —Felipe no tenía necesidad de hacerlo con sus propias manos. Bastaba con que lo hubiera mandado. Los demás lo obedecen como nunca me obedecieron a mí. (CASTELLANOS, 1986, p.202)

La imagen final de César Argüello es la de un fantasma tratando de encontrar protección en las mismas leyes que quebrantó. La manera en que busca la protección del presidente municipal de Ocosingo y la del gobernador de Chiapas nos habla de un hombre que no supo adaptarse a los tiempos, que apostó hasta el final por el poder regional en oposición a la reestructuración nacional por la que atravesaba el país. El tiempo que encarna es el tiempo de la costumbre de los hacendados, contrario al discurso agrarista de la Revolución.

Como ahora

Felipe está hecho para coincidir con el discurso de la administración cardenista. Esta ocasión que le brinda la fortuna la combina astutamente con una serie de acciones que acrecientan su influencia sobre el grupo indígena. Consciente del peso de la tradición entre éstos, no duda en mentir para obligarlos a luchar por aquellos derechos que la ley les otorga.

Es un hombre que sirve de intermediario entre dos mundos. De ahí procede su influencia. Frente a los Argüello no duda en invocar los derechos que le concede la ley; frente a los suyos, echa mano de la palabra sagrada, como lo demuestra el registro que hace de la construcción de la escuela:

Para la construcción elegimos un lugar, en lo alto de una colina. Bendito porque asiste el nacimiento del sol. Bendito porque lo rigen las constelaciones favorables. Bendito porque en su entraña removida hallamos la raíz de una ceiba. [...] Esta es nuestra casa. Aquí la memoria que perdimos vendrá a ser como la doncella rescatada a la turbulencia de los ríos. Y se sentará entre nosotros para adoctrinarnos. (CASTELLANOS, 1986, p.125-6)

Como todo líder experimentado, sabe que no hay nada más difícil que la introducción de nuevas instituciones. Por tanto, recurre

al engaño y a los miedos más profundo del grupo que trata de encabezar. Cuando el grupo que lo ha nombrado su representante trata de abandonarlo, los obliga a seguir adelante mediante coacción, asegurándole que César posee una lista con los nombres de los conjurados. Frente a los hechos, los ancianos de Chactajal no tienen más remedio que reconocerlo como su líder.

En cada una de sus acciones deja claro que su liderazgo sabe emplear tanto la máscara de león como la del zorro. Es un hombre dual, el más moderno del retablo de personajes que presenta Castellanos: es el único con experiencia laboral en un universo regido por los intereses comerciales y no por las relaciones de poder que surgen en una sociedad tradicional. Por tanto, debemos atribuir a su experiencia en Tapachula mucho de los conocimientos y las estrategias que trata de aplicar en la hacienda Argüello. Es, pues, un estratega del arte de la confrontación de tiempo completo, como lo recomienda Maquiavelo.

La coincidencia afortunada que sus intereses coincidan con la característica de los tiempos no lo convierte en un ser estático. Es un hombre que se transforma a sí mismo. Tan pronto identifica un error, no duda en corregirlo; sabe hacerse indispensable en cada una de las etapas por las que atraviesa su confrontación con el liderazgo de César; mientras éste se aísla cada vez más de su familia, su clase social y de los valores del mundo rural de Chiapas, Felipe no se limita a organizar a los hombres de su comunidad sino que acude a otras cuando lo juzga pertinente.

Su astucia llega al colmo en la imagen final del segundo libro de la novela. Mientras el ingenio arde en llamas, él, que ha sido en muchos sentidos el promotor de este enfrentamiento entre los antiguos y los nuevos señores de Chactajal, aparece acarreado agua rumbo a la casa grande. Siempre reservado con sus asuntos personales, desaparece de la novela llevándose consigo dos secretos: que ha repudiado a su mujer en privado y que estrechó la mano del general Cárdenas en Tapachula.

Como siempre

El competidor natural de Felipe no es César sino Francisca. Sin embargo, el poder de ésta se diferencia en que en lugar de granjearse el favor del pueblo para introducir cambios, se ajusta a la tradición cultural de más arraigo entre los habitantes de Palo María. En este sentido, su administración se ajusta a los principios de la prudencia y no tanto a los de la astucia. El resultado pareciera ser el mismo si nos atenemos a los principios de Maquiavelo:

Dos personas pueden prosperar igualmente con actitudes distintas, siendo una de ellas precavida y la segunda impetuosa. Y la causa está solamente en la cualidad de los tiempos, que se conforman o no con su modo de proceder. (MAQUIAVELO, 1996, p. 201)

El objetivo principal de los grandes hombres de Maquiavelo es conservar el poder. En este sentido, Francisca es una mujer que no teme renunciar a aquello que pueda interponerse entre ella y la conservación de sus tierras. Sin embargo, a lo que renuncia es a la obra más importante de su vida: el cuidado de su hermana Matilde, de la que no sólo se desatiende, sino que además entrega simbólicamente al imperio de los indígenas.

Habiendo renunciado a cualquier afecto familiar o de clase, decide confrontar de manera directa a aquellos que al mismo tiempo que ponen en entredicho la tenencia de Palo María, pudieran ser la garantía para conservar su puesto: los indígenas. Es por ello que tras hacer correr el rumor de que el dzulúm la había raptado, vaticina la muerte de uno de ellos, sólo para salvarlo después con uno de sus bebedizos. De esta manera se hace indispensable para sus antiguos adversarios, que ahora, gracias al poder del miedo, se convierten en los centinelas de sus derechos.

Su fortaleza principal, le asegura a su primo César, es que ella es una mujer que sabe escuchar. Consciente del poder del mundo

mítico de Chiapas, no duda en refugiarse en él. Demuestra estar en lo cierto: esta creencia en el mundo mítico de los brujos no se limita a los indígenas, sino que permea a todas las clases sociales, como lo prueba el enfado del cura de Comitán y la preocupación de Zoraida frente a la maldición de Mario por los brujos de Chactajal.

Francisca, pues, se apega a uno de los principios fundamentales que debe observar un príncipe para conservar su estado:

Si un príncipe quiere conservar el estado, a menudo está forzado a no ser bueno. Porque, como aquella colectividad –pueblo, soldados o nobles– está corrompida, y tú la consideras necesaria para mantenerte, te conviene seguir su humor para satisfacerla. (MAQUIAVELO, 1996, p.170)

César *tolera* los ritos de los indígenas, con lo cual contribuye al poder de Felipe; Francisca *participa* de estos ritos, los acapara simbólicamente para así asegurarse la posesión de la tierra. A diferencia de su primo, la fortuna no la arroja, sólo la maltrata. Mientras que Felipe es un león y un zorro, Francisca se presenta a sí misma como una zorra que sabe hacerle frente a la desventura.

La imagen final de Francisca es la de una mujer resguardada por un centenar de ojos, una mujer que posee el arma que mató a Ernesto, que no duda en repudiar a los últimos miembros de su familia. No se engaña: sabe que el imperio de la tradición –que no de la costumbre, como es el caso de César– es inflexible; ella conservará la tierra al precio de quedar confinada a un universo mítico, el único capaz de alejarla de la influencia de la política cardenista.

Aunque su triunfo sobre César y las leyes agrarias es final, queda presa de sus propias acciones:

–Yo soy la que se queda y ustedes los que se van, los que huyen. No era Chactajal nada para defenderlo. Eso tú lo sabrás, César, cuando tan

fácilmente lo abandonas. Somos de distintos linajes. Yo no cedo nunca lo mío. Ni muerta soltaré lo que me pertenece. Y así pueden venir todos y quebrarme las manos. Que no las abriré para llevarme el puñado de tierra que me llevaré conmigo. [...] No quiero que me juzgues peor de lo que soy, César. Nos criamos como hermanos y yo te debo muchos favores. Pero los indios desconfiarían si vieran que les abro las puertas de mi casa. Nadie las ha cruzado desde hace meses. (CASTELLANOS, 1986, p. 218-9)

Conclusiones

Balún-Canán captura la lucha que desde el plano ideológico supuso el cardenismo. Este reacomodo de la vida pública permitió la emergencia de nuevos liderazgos en el estado de Chiapas. El personaje de Felipe nos permite entrever la manera en que este discurso posrevolucionario se incorporó al universo cultural de los indígenas de la zona. El imaginario de este grupo es lo bastante dinámico para asimilar nuevos valores. Son ellos, y no los hacendados de la familia Argüello, quienes resultan más aptos para adaptarse a los tiempos modernos.

César Argüello, en cambio, es un personaje atrapado en las costumbres de los caciques de la zona. Su liderazgo, sólidamente afianzado en prácticas económicas, se desmorona tan pronto como el discurso político cambia. En este sentido, representa a una clase social incapaz de ajustarse al carácter de los tiempos, de asimilar los cambios y encontrar nuevas maneras de ejercer el poder, incorporando nuevos actores. En el caso de Chactajal, vemos cómo esta incapacidad provoca la pérdida final del territorio.

El caso de Francisca Argüello es un tanto diferente. Sin embargo, aunque conserva la hacienda de Palo María no podemos asegurar que conserve el poder. Ella no asimila la cultura de los otros, sino que se refugia en ella para no perder sus derechos sobre la tierra. La estrategia que implementa, que contrapone a los retos

de la fortuna, le permite salir airosa en lo tocante a la conservación del poder; sin embargo, para hacerlo debe renunciar a su clase social, a su familia y, en muchos sentidos, a la obra de su vida: el cuidado de su hermana Matilde, a la que entrega simbólicamente al dzulúm, esto es, al universo mítico de los indígenas.

Rosario Castellanos, pues, presenta una historia donde los indígenas son el grupo social más dinámico, a pesar de los años de sometimiento físico, económico y cultural. Son ellos los que encuentran mecanismos efectivos para incorporar algunos valores del discurso moderno dentro del universo de prácticas ancestrales. Esta nueva representación de la realidad indígena coincide con los principios del discurso cardenista, que reconoce en este grupo poblacional nuevos agentes políticos.

Referencias

- BAUDRILLARD, Jean. **Cultura y simulacro**. Barcelona: Kairós, 2002.
- BERNAUER, J. W.; MAHON, M.. The ethics of Michel Foucault. **The Cambridge companion to Foucault**. USA: Cambridge University Press, 1994. p. 109-130.
- CARBALLO, Emmanuel. **Protagonistas de la literatura mexicana**. México: Santillana, 2005.
- CASTELLANOS, Rosario. **Balún-Canán**. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- CEBALLOS GARIBAY, Héctor. **Foucault y el poder**. México: Ediciones Coyoacán, 1994.
- CÓRDOVA, Arnoldo. **La política de masas del cardenismo**. México: Era, 1974.
- CHABOD, Federico. **Escritos sobre Maquiavelo**. México: Fondo de Cultura Económica, 1984.
- FERNÁNDEZ PERERA, Manuel. **La literatura mexicana del siglo XX**. México: Fondo DE CULTURA ECONÓMICA, 2009.

- FOUCAULT, MICHEL. **El orden del discurso**. México: Tusquets, 1973.
- GILLY, Adolfo. **El cardenismo**. Una utopía mexicana. México: Cal y Arena, 1994.
- MAQUIAVELO, Nicolás. **El príncipe**. Argentina: Losada, 1996.
- MONSIVÁIS, Carlos. Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX. **Historia general de México** 2. México: El Colegio de México, 1981.

